

es una preocupación por el desarrollo correcto del pensamiento, de forma que se atiende más a su aplicación y su práctica que a la teorización de la misma (pág. 71). Por otra parte, la misma confianza en la razón, que caracterizaría globalmente a la época en cuestión (a pesar de las matizaciones que hay que hacer a la hora de tratar la diferencia entre racionalismo y empirismo (pág. 85), determina que la preocupación por el método sea parcialmente la preocupación por lograr un uso natural, y no desviado de la razón. La reflexión sobre el método es, en primer lugar, un esfuerzo por evitar el prejuicio y el error y, en definitiva, curar y restaurar la razón a su condición auténtica (pág. 98). En ello se refleja la confianza de la nueva época en la naturaleza.

La exposición del Profesor Rábade de los planteamientos metodológicos, refleja su preocupación por los problemas gnoseológicos. El problema del conocimiento ofrece una perspectiva desde la cual puede plantearse el problema del método, que contrastaría con aquella que opta por estudiar directamente la influencia de la metodología científica sobre el pensamiento filosófico. En ello, cabe establecer un contraste con planteamientos de las relaciones entre Ciencia y Filosofía en el XVII, como los de Blanché, Burtt, Bachelard, que plantean este problema desde la situación del momento de la ciencia. Por el contrario, en la presente obra, prevalece la perspectiva gnoseológica y a ella responden pasajes como el titulado «La centralidad del yo y la primacía del pensar» donde se justifica la vuelta a la interioridad de la conciencia individual, vuelta que coincide con el inicio del proceso de conocimiento (pág. 55). Sin embargo, la importancia y peso del ideal científico no dejan de reconocerse cuando, por ejemplo, se trata el matematicismo que inspira la formulación del método (págs. 126 y ss.).

El estudio del método que realiza el Profesor Rábade confirma la importancia que se confiere a la obra de Descartes. Sin embargo, al mismo tiempo, se le impone al lector que, desde el punto de vista de la reflexión epistemológica, merece Francis Bacon tanto o más el apelativo de padre de la filosofía moderna. Desde este punto de vista son notables las páginas consagradas a la concepción global del método (pág. 73), a la relación razón-experiencia (pág. 89), a la razón (pág. 101) o al orden (pág. 114). Dichas páginas reflejan la envergadura de la reflexión metodológica del pensador inglés, cuya obra se presenta como un momento fundamental en la constitución de la conciencia moderna.

Jaime DE SALAS ORTUETA

DESCARTES, R.: *Tratado del hombre*. Edición y traducción GUILLERMO QUINTAS, Editora Nacional, Madrid, 1980, 157 p.

Con suma alegría y no menor agradecimiento recibimos la traducción de es-

ta obra de Descartes, hasta ahora no vertida al castellano, y que G. Quintás realiza con acierto y bien hacer.

Doble es el interés de esta edición, que sigue el texto de 1677: de una parte, por la obra misma: en clara oposición al modelo biológico tradicional que procede de Aristóteles, Descartes postula el paradigma mecanicista del hombre-máquina, en el que la sola disposición y forma de sus piezas bastan para explicar la actividad toda del ser vivo; de otra parte, por la introducción: Quintás traza el fondo doctrinal, científico y social por el que discurre el pensamiento de Descartes, a la vez que trata de mostrarnos la apuesta que el filósofo francés hace en favor de la construcción e interpretación de observaciones y experimentos. A una y otra cosa nos referimos en lo que sigue, no sin antes advertir el valor que la edición cobra —en correspondencia con el mérito del traductor— con las abundantes notas a pie de página: las citas de la correspondencia de Descartes y de los tratados sobre filosofía, fisiología y anatomía, así como las observaciones y los comentarios de diversa índole constituyen una excelente ayuda para la comprensión de la obra y del pensamiento de Descartes, al tiempo que descubren al clima intelectual y social en el que vivió el autor del *Tratado del hombre*.

La 5.<sup>a</sup> parte del *Discurso del método* hace referencia a «un tratado, que algunas consideraciones me impiden publicar», y que Descartes tiene intención de «hacer conocer, diciendo aquí al menos sumariamente lo que contiene» (AT, VI, 41). Como sabemos, el «tratado» es el *Tratado de la luz* (Cartas al P. Vatier, 22 de febrero de 1638, a Huygens, junio de 1639, a Mersenne, 23 de noviembre de 1646), las «consideraciones» se refieren a la condena de Galileo (Cartas a Mersenne de fin de noviembre de 1633, febrero de 1634 y abril de 1634), y el resumen de «lo que contiene» el tratado constituye la 5.<sup>a</sup> parte del *Discurso* (AT, VI, 41 ss.)

Va a ser precisamente la discusión provocada por esta 5.<sup>a</sup> parte del *Discours*, junto al progresivo conocimiento y utilización del modelo propuesto, el de una máquina, lo que hace que, cuando en 1664 sale a la calle este capítulo de *El Mundo* o *Tratado de la luz*, que es el *Tratado del hombre*, el interés por la filosofía y la obra de Descartes vaya aumentando en toda Europa.

La obra se inicia señalando el plan de la misma: descripción del cuerpo, del alma y unión de ambas naturalezas en aquellos hombres «hipotéticos» habitantes del «mundo fingido» de los que Descartes habla en los capítulos precedentes y que repite en el *Discurso* (AT, VI, 45-46).

Pero la obra sólo cumple el primer cometido, la descripción del cuerpo, ya que el tratado se interrumpe «antes de iniciar la descripción del alma racional» (p. 115 de la traducción) y tras insistir en que «no debemos concebir en esta máquina alma vegetativa o sensitiva alguna, ni otro principio de movimiento o de vida», ya que «todo puede ser explicado en virtud de su sangre y de los espíritus de la misma agitados por el calor del fuego que arde continuamente en su corazón» (p. 117).

El cuerpo queda definido como «una estatua o máquina de tierra a la que

Dios da forma» y «dispone en su interior todas las piezas requeridas para lograr que se mueva, coma y respire», y realice las funciones dependientes de la materia y de la disposición de los órganos (p. 50).

Dados por conocidos esos órganos, Descartes piensa que «sólo será necesario que explique estos movimientos por orden y que indique su correspondencia con nuestras funciones» (p. 51). Y ello ocupa el resto de las páginas del *Tratado*: curso de la sangre (pp. 51-61); descripción de nervios y músculos (pp. 63-68); observaciones en torno a la respiración, la alimentación, el estornudo, la tos, ... (pp. 68-70); excitación de los órganos de los sentidos por objetos exteriores (pp. 70-92); explicación del cerebro y fenómenos que en él acontecen (pp. 93-116). Orden, en opinión de Descartes, el más conveniente, «pues no pienso que mi discurso resultara demasiado claro si iniciase esta descripción por el cerebro, limitándome a seguir el curso de los espíritus» (p. 63); Espíritus Animales definidos como «un viento muy sutil, o más bien, una llama muy viva y muy pura» (p. 60), en concordancia con la opinión generalizada de la época (nota 3, pp. 50-51).

Y pasamos a la Introducción: en ella Quintás nos señala los supuestos básicos de la obra: un organismo vivo es el conjunto de sus partes, cuya naturaleza queda determinada por la disposición y naturaleza de cada una de esas partes; en consecuencia, su estudio exige la descomposición y análisis de las mismas, de cuyo particular conocimiento podemos obtener la comprensión global del organismo (p. 41).

Estudio de los organismos que, así entendido, exige la práctica de la experimentación: Descartes rechaza las quiméricas explicaciones basadas en las «formas sustanciales», apostando por la experimentación, sometida a la razón, como único método capaz de hacer avanzar la ciencia (p. 26). Experimentación que ha de contar con la aceptación de hipótesis, siempre las más simples y las más capaces «de guiar la investigación y de explicar los fenómenos naturales» (p. 29), y que se mantendrán provisionales hasta ser sometidas al proceso de duda, en cuya clarificación va a estribar el surgimiento de «la certeza que razonablemente puede el hombre esperar conseguir» (p. 34).

Dirección científica la de Descartes perfectamente ilustrativa de su tiempo: sus preocupaciones científicas y éticas, encaminadas a convertir al hombre en maestro y poseedor de la naturaleza, recogen y justifican opiniones, tanto intelectuales como sociales, a las que los hombres de su tiempo eran especialmente sensibles (pp. 9-10).

No fue casual ni la instalación de Descartes en Holanda ni el aspecto de centón que presenta el *Discurso*: la estructura social y económica de aquella República, garante «de la libertad de creencias, culto y opinión, exigidas por la propia estructura de intereses de la población de ese país» (p. 11), permitía el desarrollo de la nueva ciencia, impedida en el resto de Europa por «el clima de censura y represión existente» (p. 13); la falta de unidad temática de aquella obra podría explicarse por lo ambicioso y delicado de su proyecto (pp. 17-18): que el hombre de su tiempo se decidiese de una vez y en serio a desechar todas

las opiniones hasta entonces recibidas y no sometidas a la razón. Una y otra cosa se van a conjugar en el *Discours*, donde Descartes, en un lenguaje fácil y apropiado para ser entendido por todos, trata de contagiar a sus contemporáneos de «la renovación que el hombre podía lograr, tanto de sí mismo después de que "... hubiese ajustado sus opiniones mediante el nivel de la razón", como la renovación que podía lograr del medio natural en que vive mediante la aplicación del método que "permite dirigir adecuadamente la razón e investigar la verdad en las ciencias"» (pp. 14-15).

José A. MARTÍNEZ MARTÍNEZ

PASCAL, *Pensamientos*: Traducción, introducción y notas de J. Llansó. Alianza Editorial, Madrid, 1981, 333 p.

En este mismo año han aparecido dos importantes traducciones de las obras de Pascal. Se trata en primer lugar de la publicación por Alianza de los «Pensamientos», traducidos por J. Llansó y que aquí vamos a comentar. En segundo término, Ediciones Alfaguara ha presentado las obras completas de Pascal, traducidas y anotadas por Carlos R. de Dampierre y prologadas por J. Luis Aranguren. Esta traducción era absolutamente imprescindible ya que no se disponía actualmente de ninguna versión española que pudiera encontrarse con facilidad.

Si bien los «Pensamientos» habían sido traducidos repetidas veces, como es sabido, su nueva actualización se hacía del todo necesaria. La Colección Austral, en las sucesivas ediciones<sup>1</sup>, sólo presentaba una selección de fragmentos realizadas de acuerdo con el texto de la Ed. Minor de Brunschvicg. Ello suponía lógicamente una falta de rigor para el adecuado estudio de dicha obra, por lo que quedaba reducida a ser una pieza de divulgación<sup>2</sup>. La traducción por otra parte de X. Zubiri no es hoy suficientemente satisfactoria.

Tampoco la Edición de Aguilar<sup>3</sup>, que siguiendo el texto de J. Chevalier reproduce no ya una selección sino la integridad de los «Pensamientos», contaba en su traducción realizada por J. Domínguez de Berrueta con gran rigor ni precisión.

---

<sup>1</sup> Desde 1940, fecha de la 1.ª edición se han sucedido ocho ediciones, la última en 1976.

<sup>2</sup> En esta versión se echan de menos pasajes muy importantes, por ejemplos los fragmentos 418, 70, 79, 513, entre otros, siguiendo la edición de Brunschvicg.

<sup>3</sup> Pascal, *Pensamientos*. «El hombre sin Dios», 5 ed. Buenos Aires, 1977. «El hombre con Dios», 5 ed. Buenos Aires, 1980.